

**Manuel Puig, *Querida familia: Tomo 1. Cartas europeas (1956-1962)*
Compilación, prólogo y notas: Graciela Goldchluk. Asesoramiento cinematográfico:
Ítalo Manzi.
Buenos Aires, Entropía, 2005, 393 páginas.**

Querida familia es el primer tomo del epistolario de Manuel Puig donde se compilan ciento setenta y dos cartas enviadas a su familia durante los dos primeros viajes del escritor a Europa: un primer viaje, que se extiende desde el 27 de julio de 1956 hasta noviembre de 1959, desde donde Puig envía cartas desde ciudades de Italia, Francia, Inglaterra, Suecia, Grecia, Turquía, España, Alemania, Dinamarca y Medio Oriente; y un segundo viaje realizado entre febrero de 1961 y octubre de 1962, período en el que reside principalmente en Roma, con dos breves viajes a algunas ciudades españolas y a la Unión Soviética. El trabajo de compilación y selección de las cartas fue realizado por Graciela Goldchluk, investigadora y docente de la Universidad Nacional de La Plata, quien escribe el prólogo y la nota editorial en la que explicita los criterios de edición del epistolario. Además de las cartas, el volumen consta de un glosario de las expresiones del dialecto rural de Parma-Piacenza que a menudo Puig utiliza en sus cartas, y el listado de las fichas técnicas de las películas mencionadas en el epistolario, realizadas con el asesoramiento cinematográfico de Ítalo Manzi. Como en un folletín del mismo Puig, el tomo se cierra con un continuará que anticipa la edición de un segundo tomo¹ que contendrá las cartas enviadas por el escritor a su familia, desde Nueva York (1963-1967) y desde Río de Janeiro (1980-1983).

El epistolario comienza en el inicio mismo del viaje: Puig escribe su primera carta en julio de 1956, a bordo del *Federico C.*, durante la primera noche pasada en el barco que lo conduce a Italia con una beca otorgada por la Sociedad Dante Alighieri de Buenos Aires, después de haber finalizado sus estudios de lengua y literatura italiana. Con grandes expectativas, Puig viaja a la “capital del mundo del cine” con una beca que cubre los gastos de matrícula en el *Centro Sperimentale di Cinematografia* de Roma y un mínimo de gastos de viaje y mantenimiento. No obstante, durante su primer año en Roma, Puig abandona la escuela de cine desalentado por la falta de trabajo para extranjeros en Cinecittà, y decide –para desesperación de su madre– no regresar a Buenos Aires sino prolongar su estadía en Europa; para ello, trabaja tanto como traductor de subtítulos de películas o profesor particular de idiomas como también siendo recepcionista de una pequeña editorial francesa o lavando copas en algún bar de Estocolmo.

Cada movimiento, cada cambio de trabajo, cada percepción, cada detalle de su vida cotidiana, quedan registrados en estas cartas. Porque Manuel Puig escribe constantemente a su familia: mientras estudia en el *Centro Sperimentale di Cinematografia*, mientras viaja por las ciudades europeas, mientras asiste al trabajo de filmación de grandes directores como Vittorio De Sica o René Clément, mientras dicta clases particulares de idioma, mientras boceta sus primeros guiones de cine, mientras atiende el teléfono en la recepción de un hotel. Si bien las cartas siempre están dirigidas a su “querida familia” –encabezamiento que da título al volumen–, en realidad, Puig le escribe a su madre, responsable, también, de cada respuesta. Porque así como Berto, en *La traición de Rita Hayworth*, rompe la única carta que escribe, este epistolario está recorrido por la ausencia de la escritura de los hombres. Como en sus novelas, las mujeres escriben y Puig reclama constantemente esa otra escritura que pocas veces aparece: “Las actividades de papá, *aunque no me escriba*, las sigo más o menos porque mamá me cuenta del trabajo en la fábrica etc., pero de vos Carlitos he perdido la huella por completo” (p. 71); “Quiero que papá y Carlitos me escriban una líneas ¿cuándo será?” (p. 84); “Era hora de que me mandaran unas líneas papá y Carlitos ¿tienen miedo de que se les acalambre el brazo que me escriben tan poco?” (p. 193).

En las cartas a su madre, entonces, Puig escribe para suturar, a través de una descripción minuciosa y excesiva de cada acto, de cada comida, de cada actividad, la distancia y la ausencia. Porque pese a la distancia esta madre sabe qué come su hijo, cuándo se baña, qué ropas viste, con quién conversa, cuánto dinero gasta: “Todas las mañanas me hago dejar una botellita de leche de medio litro y tres panes grandecitos (más o menos como las flautas argentinas). El desayuno consiste en la mitad de la botella, bien helada y un pan (que es riquísimo) con dulce. (...) Para compensar el café que no tomo a la mañana siempre hago un alto en el camino a eso de las 3 para tomarme café helado, que preparan fantástico. Sirven una copa grande pero siempre me tomaría tres más. La macana es que cuesta caro. Los dientes me los cepillo después del desayuno, a la tarde y a la noche” (p. 31).

Si de niño, como narra su biógrafa Suzanne Jill-Levine, Puig veía las películas a través de los ojos de su madre, pues era Male quien le explicaba todo aquello no comprendía, es ahora la madre quien asiste a la trastienda del mundo del cine, a los estrenos cinematográficos, a las obras de teatro europeo, a través de la

¹ Durante la preparación del presente número de *Orbis Tertius* se publicó el segundo volumen de las cartas de Puig: *Querida familia: Tomo 2. Cartas americanas: New York-Río (1963-1983)*, edición también a cargo de Graciela Goldchluk.

mirada de su hijo.² Puig comenta a su madre cada película que ve, le describe el embeleso o la desilusión que lo embargan después de conocer a una actriz personalmente, le narra los argumentos de algunas películas todavía no filmadas, le transmite la magia de vivir adentro de un mundo que ambos soñaron desde siempre.

A su vez, y como sostiene Goldchluk en su prólogo, estas cartas europeas son también una novela de iniciación porque en ellas se narra un pasaje: de cómo Coco –seudónimo familiar con el que Puig firma todas sus cartas– se convierte en el escritor Manuel Puig. Por eso, tal vez, estas cartas se cierran cuando su primera novela, *La traición de Rita Hayworth* comienza. En la carta del 2 de enero de 1962, enviada desde Roma, aparece la primera mención a Villegas como futuro escenario de su escritura: “Este nuevo argumento es de una ambición desmedida y me parece que va a salir flojazo, pero en fin... No veo el momento de terminar con este experimento (no es otra cosa) para empezar uno sobre... Villegas. De ahora en adelante quiero hacer todo en base a datos que me ha dado la realidad y en Villegas tengo un filón extraordinario” (p. 301). A partir de entonces, las menciones son recurrentes: “me parece que por fin estoy encontrando mi cuerda”, dice el 9 de abril; “puede salir una especie de novela”, aventura días después; “jamás había pensado escribir novela, fue una cosa que salió sola”, concluye en setiembre de 1962, muy poco antes de regresar a Buenos Aires. Y que el epistolario concluya.

Esta compilación de cartas se inscribe en el marco de un proyecto de investigación que, desde hace ya muchos años, viene realizando un equipo de investigadores de la Universidad Nacional de La Plata –integrado, entre otros, por Goldchluk, Julia Romero, José Amícola– con la invaluable colaboración de los herederos de la obra de Manuel Puig. La madre de Puig, María Elena Delledone, su hermano Carlos y su sobrina Mara pusieron a disposición de los investigadores –con una generosidad poco usual en los herederos de muchos escritores argentinos– un archivo que contiene tanto la videoteca de más de tres mil quinientos títulos como también los manuscritos de novelas y obras de teatro, cartas personales, guiones cinematográficos, borradores, inéditos. *Querida familia*: se suma así al conjunto de obras desconocidas de Puig que se han publicado en los últimos años: las obras de teatro *Bajo un manto de estrellas*, *Misterio del ramo de rosas*, *Triste golondrina macho*, los guiones cinematográficos o televisivos *La tajada* y *Los siete pecados tropicales* y otros guiones, las comedias musicales *Gardel, una lembrança*, *Amor del bueno* y *Muy señor mío*, y los borradores *Un destino melodramático*. *Argumentos*. En un reportaje reciente, Goldchluk cuenta que el archivo tiene aproximadamente doce mil hojas de papel que ya han sido digitalizadas por Mara Puig y Pedro Gergho. Este archivo –sostiene Goldchluk– constituye “una verdadera memoria de escritura, casi un diario de trabajo, que Manuel Puig conservó en vida, a lo largo de sus numerosas mudanzas, y reúne anotaciones manuscritas, mecanografiadas y fotocopias, realizadas entre 1959, cuando comienza a escribir guiones, y los primeros meses de 1990, fecha de su muerte”.³ Si bien es más que deseable que la labor de este equipo de investigación continúe para que, en los próximos años, todos los lectores puedan acceder a los archivos completos de Puig, las preguntas que dicha empresa conlleva quedan abiertas: cuáles son los límites entre lo público y lo privado; cómo no atravesar la frontera –a veces invisible– entre la rigurosidad del investigador y el placer del *voyeur*.

Sylvia Saítta

² Suzanne Jill-Levine, *Manuel Puig y la mujer araña*, Buenos Aires, Seix Barral, 2002.

³ Carlos Gazzera, “Cartas que cruzaron el mar. Correspondencia” en *La Voz del Interior*, 14 de mayo de 2005.